Platón

Apología de Sócrates

Escrito hacia 399-385 a. C..
Primera edición: Aldo Manucio, Venecia, 1513 (editio princeps); texto base de esta traducción: John Burnet, Platonis Opera, vol. I, Oxford, Clarendon Press, 1900.

Traducción del griego de Anthony Cazares, con Claude, 2026.
https://anthonycazares.cafe/libros/platon/apologia-de-socrates/

Sobre esta edición

Soy Anthony Cazares. Estudio filosofía y hago el canal FilosofIA, donde estas obras también se leen en voz alta. Traduzco cada una desde el original, no desde otra traducción, con la ayuda de Claude, un modelo de inteligencia artificial de Anthropic: la IA propone y contrasta lecturas; yo reviso el texto, decido cada pasaje dudoso y respondo por el resultado. Para que nada dependa de creerme, cada libro publica su aparato: qué fuentes se compararon y qué se eligió en cada caso.

El original está en dominio público. Esta traducción es libre: puedes copiarla, adaptarla y compartirla, sin fines comerciales y citando la fuente (CC BY-NC 4.0).

Índice

1 La defensa
2 Después del veredicto
3 Después de la sentencia

La defensa

> Los títulos de los tres discursos son de esta edición: Platón no los pone. Los números pequeños son las secciones de Stephanus, la numeración con que se cita a Platón.

17a No sé, atenienses, qué efecto les habrán causado mis acusadores. Lo que es yo, por poco me olvido de mí mismo por culpa de ellos: tan convincente era lo que decían. Y sin embargo, verdad, por así decirlo, no han dicho ninguna. De las muchas mentiras que dijeron, una me dejó especialmente asombrado: esa en la que les advertían que tuvieran cuidado de no dejarse engañar por mí 17b porque soy un orador hábil. Que no les diera vergüenza que yo los fuera a desmentir de inmediato con los hechos, en cuanto se viera que no soy hábil para hablar en lo más mínimo, eso me pareció lo más desvergonzado de su parte; a menos que llamen hábil para hablar al que dice la verdad. Si es eso lo que quieren decir, yo admitiría que soy orador, pero no a la manera de ellos. Ellos, como les digo, han dicho poco o nada que sea verdad; ustedes, en cambio, de mí van a oír toda la verdad. Pero no, por Zeus, atenienses, discursos adornados como los de ellos, 17c bien compuestos de frases y palabras escogidas, sino cosas dichas sin preparación, con las palabras que me vengan; porque creo que lo que digo es justo, y que ninguno de ustedes espere otra cosa. Tampoco estaría bien, señores, que a mi edad me presentara ante ustedes como un muchacho que fabrica discursos. Y eso sí, atenienses, les pido y les ruego de verdad una cosa: si oyen que me defiendo con las mismas palabras con que suelo hablar en el ágora, junto a los puestos de los cambistas, donde muchos de ustedes me han oído, y en otras partes, no se asombren 17d ni armen alboroto por eso. Porque así están las cosas: es la primera vez que me presento ante un tribunal, y tengo setenta años. Soy, sencillamente, un extranjero para la manera de hablar de este lugar.

Si de verdad fuera extranjero, ustedes me disculparían, desde luego, que hablara en la lengua y a la manera 18a en que me crie; pues lo mismo les

pido ahora, y me parece justo: que dejen de lado mi manera de hablar —quizá sea peor, quizá mejor— y que miren solo esto, y en esto pongan atención: si lo que digo es justo o no. Porque esa es la virtud del juez; la del orador, decir la verdad.

Lo justo, atenienses, es que me defienda primero de las primeras acusaciones falsas que se hicieron contra mí y de los primeros acusadores, y después de las acusaciones posteriores y de los [18b] acusadores posteriores. Porque contra mí han hablado ante ustedes muchos acusadores, desde hace ya muchos años, y sin decir nada verdadero; y a esos les temo más que a Ánito y los suyos, aunque también estos son temibles. Pero aquellos lo son más, señores: tomaron a la mayoría de ustedes desde niños y los fueron convenciendo, acusándome con todavía menos verdad, de que hay un tal Sócrates, un sabio, que especula sobre lo que hay en el cielo, que ha investigado todo lo que hay bajo la tierra y que hace más fuerte el argumento más débil. [18c] Esos, atenienses, los que regaron esa fama, son mis acusadores temibles; porque quienes los oyen creen que los que investigan esas cosas ni siquiera creen en los dioses. Además, esos acusadores son muchos y llevan mucho tiempo acusándome, y les hablaron a ustedes a la edad en que más fácilmente iban a creerles, cuando algunos eran niños o muchachos: acusaban, sencillamente, en un juicio sin defensa, sin nadie que respondiera. Y lo más absurdo de todo es que ni siquiera [18d] se pueden saber y decir sus nombres, salvo el de alguno que resulta ser autor de comedias. Todos los que, por envidia y con calumnias, los fueron convenciendo a ustedes —y los que, convencidos ellos mismos, convencían a otros—, todos esos son los más difíciles de enfrentar: no se puede hacer subir aquí a ninguno de ellos ni refutarlo, sino que uno tiene que defenderse, sencillamente, como peleando con sombras, y refutar sin que nadie conteste. Así que acepten también ustedes, como les digo, que mis acusadores han sido de dos clases: unos, los que me acusaron hace poco; otros, [18e] los de hace tiempo, de los que hablo; y piensen que debo defenderme primero de estos, porque también ustedes los oyeron acusarme antes, y mucho más que a los de después.

Bien. Hay que defenderse, atenienses, y hay que intentar [19a] sacarles en tan poco tiempo una calumnia que ustedes han tenido tanto tiempo. Quisiera que así sucediera, si es lo mejor para ustedes y para mí, y lograr algo con mi defensa; pero creo que es difícil, y no se me oculta en absoluto cómo es. Aun así, que esto vaya por donde el dios quiera; hay que obedecer a la ley y hay que defenderse.

Retomemos, pues, desde el principio cuál es la acusación de la que [19b] nació la calumnia contra mí, y en la que Meleto confió para presentar esta denuncia. Bien: ¿qué decían los calumniadores cuando calumniaban? Hay que leer su declaración jurada como si fueran acusadores: «Sócrates es culpable y se mete en lo que no le toca: investiga lo que hay bajo la tierra y en el cielo, hace más fuerte el argumento más débil [19c] y enseña eso mismo a otros». Algo así. Eso lo vieron ustedes mismos en la comedia de Aristófanes: a un tal Sócrates que andaba allí de un lado a otro, diciendo que caminaba por el aire y soltando muchas otras tonterías, de las que yo no entiendo ni mucho ni poco. Y no lo digo por menospreciar ese saber, si alguien es sabio en esas cosas —no vaya a ser que Meleto me lleve a juicio por algo tan grave—; pero la verdad, atenienses, es que nada de eso tiene que ver conmigo. [19d] Y pongo como testigos a la mayoría de ustedes. Les pido que se informen y se digan unos a otros, todos los que alguna vez me han oído conversar —y entre ustedes hay muchos así—, díganse, pues, unos a otros si alguno de ustedes me oyó alguna vez conversar, poco o mucho, sobre esas cosas. Y por eso sabrán que así son también las demás cosas que la mayoría dice de mí.

No, nada de eso es cierto. Y si han oído a alguien decir que yo me dedico a educar a la gente y que cobro [19e] por ello, tampoco eso es verdad. Aunque también eso me parece hermoso, si alguien es capaz de educar a la gente, como Gorgias de Leontinos, Pródico de Ceos e Hipias de Elis. Cada uno de ellos, señores, es capaz de ir a cualquier ciudad y convencer a los jóvenes —que pueden tratar gratis con el conciudadano que quieran— [20a] de que dejen de tratar con aquellos y traten con ellos, pagándoles dinero y encima quedándoles agradecidos. Y hay además

otro sabio, de Paros, que está aquí; supe que estaba de visita en la ciudad. Me encontré por casualidad con un hombre que ha gastado en sofistas más dinero que todos los demás juntos, Calias, el hijo de Hipónico; y como tiene dos hijos, le pregunté: «Calias, si tus dos hijos hubieran nacido potros o becerros, podríamos conseguirles un encargado y pagarle para que [20b] los hiciera buenos y bellos en la virtud que les corresponde; y sería algún entrenador de caballos o algún campesino. Pero como son seres humanos, ¿a quién piensas ponerles de encargado? ¿Quién conoce esa virtud, la del ser humano y la del ciudadano? Supongo que ya lo pensaste, puesto que tienes hijos. ¿Hay alguno», le dije, «o no?». «Claro que sí», dijo. «¿Quién», le dije, «de dónde es y cuánto cobra por enseñar?». «Eveno, Sócrates», me dijo, «de Paros; cinco minas». Y yo felicité a Eveno, si de verdad [20c] tiene ese arte y enseña por un precio tan razonable. Yo, por lo menos, estaría orgulloso y me daría aires si supiera eso. Pero no lo sé, atenienses.

Quizá alguno de ustedes me interrumpa: «Pero, Sócrates, ¿a qué te dedicas tú? ¿De dónde salieron esas calumnias contra ti? Porque, si no hicieras nada fuera de lo común, no se habría formado tanta fama ni tantas habladurías, a menos que hicieras algo distinto de lo que hace la mayoría. Dinos, pues, qué es, [20d] para que no juzguemos a la ligera sobre ti». Me parece que el que dice esto habla con justicia, y voy a intentar mostrarles qué es lo que me ha dado este nombre y esta calumnia. Escuchen. Quizá a algunos de ustedes les parezca que bromeo; pero sepan bien que les voy a decir toda la verdad. Yo, atenienses, me he ganado este nombre nada más que por cierta sabiduría. ¿Qué sabiduría? La que quizá es sabiduría humana: es posible que yo sea de verdad sabio en esa. Y esos de los que hablaba hace un momento quizá sean sabios [20e] en una sabiduría mayor que la humana, o no sé cómo decirlo; porque yo, desde luego, no la sé, y el que diga que sí miente y lo dice para calumniarme. Y no armen alboroto, atenienses, ni aunque les parezca que digo algo desmedido; porque lo que voy a decir no es mío: voy a remitirlos a alguien digno de crédito. De mi sabiduría, si es que tengo alguna y de qué clase, les voy a dar como testigo al dios de Delfos. Conocieron a Querefonte, supongo. [21a] Era mi

amigo desde la juventud, y amigo también del pueblo de ustedes: compartió con ustedes aquel destierro y volvió con ustedes. Y saben cómo era Querefonte, qué vehemente en todo lo que emprendía. Pues una vez fue a Delfos y se atrevió a consultar al oráculo sobre esto —y, como digo, no armen alboroto, señores—: preguntó si había alguien más sabio que yo. Y la Pitia le respondió que nadie era más sabio. De esto les dará testimonio su hermano, aquí presente, porque él ya murió.

[21b] Piensen por qué les digo esto: les voy a explicar de dónde me viene la calumnia. Cuando oí eso, me puse a pensar así: «¿Qué quiere decir el dios? ¿Qué está diciendo en enigma? Porque yo tengo conciencia de no ser sabio, ni mucho ni poco. ¿Qué quiere decir, entonces, cuando afirma que soy el más sabio? Porque mentir, no miente: eso no le está permitido». Y durante mucho tiempo no supe qué quería decir. Después, muy a mi pesar, me puse a buscarlo de esta manera. Fui con uno de los que tenían fama de sabios, [21c] pensando que ahí, si en algún lado, iba a refutar el vaticinio y a mostrarle al oráculo: «Este es más sabio que yo, y tú dijiste que yo». Al examinar a este —no necesito decir su nombre: era uno de los políticos—, me pasó algo así, atenienses, al conversar con él: me pareció que ese hombre parecía sabio a muchos otros y sobre todo a sí mismo, pero que no lo era. Y entonces intenté mostrarle que se creía sabio, pero que no lo era. [21d] Con eso me gané su odio y el de muchos de los presentes. Y al irme, pensaba para mí: «Yo soy más sabio que este hombre. Es posible que ninguno de los dos sepa nada que valga la pena; pero él cree saber algo sin saberlo, y yo, así como no sé, tampoco creo saber. Parece, pues, que soy más sabio que él por esta pequeña cosa: que lo que no sé, tampoco creo saberlo». Después fui con otro de los que tenían fama de ser más sabios que aquel, [21e] y me pareció lo mismo; y ahí me gané también su odio y el de muchos otros.

Después de eso seguí, uno tras otro, dándome cuenta, con pena y con miedo, de que me ganaba odios; pero aun así me parecía necesario poner por encima de todo lo del dios. Tenía que ir, para examinar qué quería decir el oráculo, con todos los que tenían fama de saber algo. [22a] Y por el perro, atenienses —porque a ustedes les tengo que decir la

verdad—, esto fue lo que me pasó: los de más fama me parecieron, buscando según el dios, casi los más faltos de todo, y otros que pasaban por inferiores me parecieron hombres más aptos para tener sensatez. Tengo que contarles mi andar errante como el de quien cumple unos trabajos, para que el vaticinio me resultara irrefutable. Después de los políticos fui con los poetas, los de tragedias, los de [22b] ditirambos y los demás, convencido de que ahí me iba a sorprender a mí mismo, en flagrante, más ignorante que ellos. Tomaba los poemas suyos que me parecían más trabajados y les preguntaba qué querían decir, para aprender también algo de ellos. Me da vergüenza decirles la verdad, señores, pero hay que decirla: casi cualquiera de los presentes hablaba mejor que ellos mismos de lo que ellos habían compuesto. Así que también de los poetas supe pronto esto: que no componen lo que componen [22c] por sabiduría, sino por cierto don natural y porque están inspirados, como los adivinos y los que cantan oráculos; también estos dicen muchas cosas bellas, pero no saben nada de lo que dicen. Algo así me pareció que les pasaba también a los poetas; y a la vez me di cuenta de que, por su poesía, se creían los más sabios de los hombres también en lo demás, en lo que no lo eran. Así que también de ahí me fui, creyendo que les llevaba la misma ventaja que a los políticos.

Al final fui con los artesanos. Porque yo [22d] tenía conciencia de no saber nada, por así decirlo, y de ellos sabía que los iba a encontrar sabiendo muchas cosas bellas. Y en eso no me equivoqué: sabían lo que yo no sabía, y en eso eran más sabios que yo. Pero, atenienses, me pareció que los buenos artesanos tenían el mismo defecto que los poetas: como cada uno hacía bien su oficio, se creía sapientísimo también en lo demás, en las cosas más importantes; y esa desmesura suya ocultaba aquella sabiduría. [22e] De modo que me pregunté, en nombre del oráculo, qué preferiría: quedarme como soy, sin ser sabio con la sabiduría de ellos ni ignorante con su ignorancia, o tener las dos cosas que ellos tienen. Y me respondí a mí mismo y al oráculo que me convenía quedarme como soy.

[23a] De esta indagación, atenienses, me han venido muchos odios, y de los más duros y pesados, de modo que de ellos han salido muchas

calumnias y este nombre que me dan: «sabio». Porque cada vez, los presentes creen que yo soy sabio en aquello en que refuto a otro. Pero lo probable, señores, es que el sabio de verdad sea el dios, y que con este oráculo quiera decir esto: que la sabiduría humana vale poco o nada. Y parece que habla de este Sócrates solo para usar [23b] mi nombre, tomándome como ejemplo, como si dijera: «De ustedes, hombres, el más sabio es el que, como Sócrates, ha reconocido que en verdad no vale nada en cuanto a sabiduría». Por eso yo, todavía ahora, sigo andando por ahí buscando e indagando, según el dios, si creo que alguien es sabio, sea ciudadano o extranjero; y cuando no me lo parece, ayudo al dios demostrándole que no es sabio. Y con esta ocupación no he tenido tiempo de hacer nada que valga la pena ni por los asuntos de la ciudad ni por los míos; vivo [23c] en una pobreza enorme por estar al servicio del dios.

Además, los jóvenes que me siguen por su cuenta —los que más tiempo libre tienen, los hijos de los más ricos— disfrutan oyendo cómo se examina a la gente, y muchas veces me imitan ellos mismos y se ponen a examinar a otros. Y entonces, me imagino, encuentran una abundancia enorme de gente que cree saber algo y sabe poco o nada. Por eso los que ellos examinan se enojan conmigo, no consigo mismos, [23d] y dicen que hay un tal Sócrates, un canalla, que corrompe a los jóvenes. Y cuando alguien les pregunta qué hace o qué enseña, no tienen nada que decir, porque no lo saben; pero para que no parezca que no saben qué decir, dicen eso que está a la mano contra todos los que filosofan: «lo que hay en el cielo y bajo la tierra», y «no creer en los dioses», y «hacer más fuerte el argumento más débil». Porque la verdad, creo, no querrían decirla: que quedan en evidencia fingiendo saber sin saber nada. Y como son ambiciosos, [23e] vehementes y muchos, y hablan de mí con empeño y de manera convincente, les han llenado los oídos a ustedes calumniándome con vehemencia desde hace mucho tiempo.

Por eso me atacaron Meleto, Ánito y Licón: Meleto, molesto en nombre de los poetas; Ánito, en nombre de los artesanos y [24a] de los políticos; Licón, en nombre de los oradores. De modo que, como decía al empezar,

me asombraría que pudiera sacarles esta calumnia en tan poco tiempo, cuando se ha hecho tan grande. Esa, atenienses, es la verdad, y se la digo sin ocultarles nada, ni mucho ni poco, y sin callarme nada. Y sin embargo sé muy bien que por esto mismo me gano odios, y eso es también prueba de que digo la verdad, y de que esa es la calumnia contra mí y esas [24b] sus causas. Y si investigan esto, ahora o más adelante, así lo encontrarán.

Sobre lo que me acusaban mis primeros acusadores, baste esta defensa ante ustedes. Ahora voy a intentar defenderme de Meleto, el bueno y amante de la ciudad, según dice él, y de los acusadores posteriores. Tomemos otra vez, como si fueran otros acusadores, su declaración jurada. Dice más o menos así: Sócrates es culpable de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses en que cree la ciudad, [24c] sino en otras cosas daimónicas nuevas. Ese es el cargo. Examinemos cada punto de este cargo.

Dice que soy culpable de corromper a los jóvenes. Yo, en cambio, atenienses, digo que el culpable es Meleto, porque bromea con lo serio, lleva a la gente a juicio a la ligera y finge que se interesa y se preocupa por cosas que nunca le han importado nada. Y que esto es así, voy a intentar mostrárselo también a ustedes.

Ven acá, Meleto, y dime: ¿no es cierto [24d] que para ti lo más importante es que los jóvenes sean lo mejores posible?

—Sí, lo es.

—Entonces anda, diles a estos quién los hace mejores. Es claro que lo sabes, puesto que te importa. Al que los corrompe ya lo encontraste, según dices: soy yo, y me traes ante estos y me acusas. Anda, pues, el que los hace mejores: di quién es y revélaselo. ¿Ves, Meleto, que te callas y no tienes qué decir? ¿Y no te parece vergonzoso, y prueba suficiente de lo que digo, que no te ha importado nada? Pero dime, amigo: ¿quién los hace mejores?

—Las leyes.

[24e] —No te pregunto eso, excelentísimo, sino qué persona, que antes que nada conozca eso mismo, las leyes.

—Estos, Sócrates: los jueces.

—¿Qué dices, Meleto? ¿Estos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

—Muchísimo.

—¿Todos, o unos sí y otros no?

—Todos.

—¡Por Hera, qué buena noticia, y qué abundancia de gente que ayuda! ¿Y qué más? Los que escuchan en la audiencia, ¿los hacen mejores [25a] o no?

—También ellos.

—¿Y los del Consejo?

—También los del Consejo.

—Entonces, Meleto, ¿no serán los de la Asamblea, los asambleístas, los que corrompen a los jóvenes? ¿O también ellos los hacen mejores, todos?

—También ellos.

—Así que, según parece, todos los atenienses los hacen hombres de bien, menos yo; yo soy el único que los corrompe. ¿Eso dices?

—Eso digo, y con toda firmeza.

—Pues me has condenado a una gran desgracia. Pero respóndeme: ¿te parece que con los caballos pasa lo mismo? ¿Que los [25b] que los hacen mejores son todos, y uno solo el que los echa a perder? ¿O, al contrario, que es uno solo el capaz de hacerlos mejores, o muy pocos, los entrenadores de caballos, mientras que la mayoría, si tratan con caballos y los usan, los echa a perder? ¿No es así, Meleto, con los caballos y con todos los demás animales? Claro que sí, lo digan o no lo digan Ánito y tú. Sería una gran fortuna para los jóvenes que uno solo los corrompiera y los demás [25c] les hicieran bien. Pero no, Meleto: ya muestras bastante

que nunca te has preocupado por los jóvenes, y dejas ver claramente tu descuido: que no te ha importado nada de aquello por lo que me traes aquí.

Y dinos además, Meleto, por Zeus: ¿qué es mejor, vivir entre ciudadanos honrados o entre malvados? Responde, amigo; no te pregunto nada difícil. ¿No es cierto que los malvados les hacen algún mal a los que tienen siempre más cerca, y los buenos algún bien?

—Claro.

[25d] —¿Hay alguien que prefiera que lo dañen los que lo rodean antes que recibir su ayuda? Responde, amigo; también la ley manda responder. ¿Hay alguien que quiera que lo dañen?

—Claro que no.

—Veamos, pues: ¿me traes aquí porque corrompo a los jóvenes y los hago peores a propósito, o sin querer?

—A propósito, digo yo.

—¿Cómo, Meleto? ¿Tanto más sabio eres tú, a tu edad, que yo a la mía, que tú ya sabes que los malos les hacen siempre algún mal a los que tienen más [25e] cerca, y los buenos algún bien, mientras que yo he llegado a tal grado de ignorancia que ni siquiera sé que, si hago malvado a alguno de los que me rodean, me expongo a recibir de él algún mal, y por eso hago tanto mal a propósito, como dices tú? Eso no te lo creo, Meleto, ni creo que te lo crea nadie más. O no los corrompo, o, si los corrompo, [26a] es sin querer; así que en los dos casos mientes. Y si los corrompo sin querer, la ley no manda traer aquí a nadie por faltas así, sino tomarlo aparte para enseñarle y amonestarlo; porque es claro que, si aprendo, dejaré de hacer lo que hago sin querer. Pero tú rehuiste tratar conmigo y enseñarme, no quisiste; y me traes aquí, adonde la ley manda traer a los que necesitan castigo, no aprendizaje.

Pero bueno, atenienses: ya está claro [26b] lo que yo decía, que a Meleto nunca le han importado estas cosas, ni mucho ni poco. Aun así, dinos, Meleto: ¿cómo dices que corrompo a los jóvenes? ¿No es claro, según la

denuncia que presentaste, que enseñándoles a no creer en los dioses en que cree la ciudad, sino en otras cosas daimónicas nuevas? ¿No dices que así, enseñando, los corrompo?

—Eso digo, y con toda firmeza.

—Entonces, Meleto, por estos mismos dioses de los que ahora se trata, explícanos todavía más claro, a mí y a estos señores. [26c] Porque yo no alcanzo a entender si dices que enseño a creer que hay algunos dioses —y entonces yo mismo creo que hay dioses, y no soy del todo ateo, y en eso no soy culpable—, aunque no los mismos que la ciudad, sino otros, y eso es lo que me reprochas, que sean otros; o si dices que yo no creo en absoluto en los dioses y que eso les enseño a los demás.

—Eso digo: que no crees en los dioses en absoluto.

[26d] —Admirable Meleto, ¿por qué dices eso? ¿Entonces ni siquiera creo, como los demás hombres, que el sol y la luna son dioses?

—No, por Zeus, jueces: dice que el sol es una piedra y la luna, tierra.

—¿Crees que estás acusando a Anaxágoras, querido Meleto? ¿Tanto desprecias a estos, y los crees tan poco letrados, que no saben que los libros de Anaxágoras de Clazómenas están llenos de esas doctrinas? ¿Y los jóvenes aprenden eso de mí, cuando pueden comprarlo a veces en la orquesta por una dracma, a lo mucho, [26e] y reírse de Sócrates si dice que es suyo, sobre todo siendo tan disparatado? Pero, por Zeus, ¿eso te parezco? ¿Que no creo que exista ningún dios?

—No, por Zeus, ninguno en absoluto.

—No hay quien te crea, Meleto; y me parece que ni tú mismo te lo crees. Porque a mí me parece, atenienses, que este es muy insolente y desenfrenado, y que presentó esta denuncia, sencillamente, por insolencia, desenfreno y juventud. [27a] Parece que hubiera armado un acertijo para ponerme a prueba: «¿Se dará cuenta el muy sabio Sócrates de que bromeo y me contradigo, o lo engañaré a él y a todos los que escuchan?». Porque me parece que este se contradice en la denuncia,

como si dijera: «Sócrates es culpable de no creer en los dioses, sino de creer en los dioses». Y eso es de quien está jugando.

Examinen conmigo, señores, por qué me parece que dice eso. Y tú respóndenos, Meleto. Y ustedes, como [27b] les pedí al principio, acuérdense de no armar alboroto si planteo los argumentos a mi manera de siempre.

¿Hay alguien, Meleto, que crea que existen cosas humanas, pero que no crea que existen seres humanos? Que responda, señores, y que no arme un alboroto tras otro. ¿Hay alguien que no crea en caballos, pero sí en cosas de caballos? ¿O que no crea que haya flautistas, pero sí cosas de flautistas? No lo hay, excelentísimo; si tú no quieres responder, te lo digo yo a ti y a estos otros. Pero responde por lo menos a esto: [27c] ¿hay alguien que crea que existen cosas daimónicas, pero no crea en daimones?

—No lo hay.

—¡Qué favor me haces al responder, aunque sea a duras penas y obligado por estos! Pues bien: dices que yo creo en cosas daimónicas y que las enseño, sean nuevas o antiguas; en todo caso creo en cosas daimónicas, según tu argumento, y eso lo juraste en tu declaración. Y si creo en cosas daimónicas, por fuerza tengo que creer también en daimones. ¿No es así? Así es: te doy por conforme, ya que no respondes. Y a los [27d] daimones, ¿no los tenemos por dioses o por hijos de dioses? ¿Sí o no?

—Claro que sí.

—Entonces, si creo en daimones, como tú dices, y si los daimones son dioses, eso sería lo que digo que estás armando, el acertijo y la broma: que digas que yo, que no creo en los dioses, creo a la vez en los dioses, puesto que creo en daimones. Y si los daimones son hijos de dioses, bastardos, de ninfas o de algunas otras madres, como se cuenta, ¿qué hombre creería que hay hijos de dioses, pero no dioses? Sería [27e] tan absurdo como si alguien creyera que hay hijos de caballos y de burros, las mulas, pero no creyera que hay caballos y burros. No, Meleto: no hay

manera de que hayas presentado esta denuncia sino para ponernos a prueba, o porque no tenías de qué culparme de verdad. Y que tú convenzas a alguien con un poco de juicio de que el mismo hombre puede creer en cosas daimónicas y divinas, y que ese mismo hombre no crea ni [28a] en daimones, ni en dioses, ni en héroes, no hay manera.

Pero bueno, atenienses: que no soy culpable según la denuncia de Meleto no me parece que necesite mucha defensa; basta con esto. Lo que dije antes, que me he ganado mucho odio y de mucha gente, sepan bien que es verdad. Y eso es lo que va a acabar conmigo, si acaba: no Meleto ni Ánito, sino la calumnia y la envidia de la mayoría. Eso ya ha acabado con muchos otros hombres buenos, [28b] y creo que seguirá acabando con ellos; no hay peligro de que se detenga en mí.

Quizá alguien diga: «¿Y no te da vergüenza, Sócrates, haberte dedicado a algo por lo que ahora corres el riesgo de morir?». Yo le respondería, con razón: «No hablas bien, amigo, si crees que un hombre que valga algo, por poco que sea, tiene que calcular el riesgo de vivir o morir, y no mirar solo esto cuando actúa: si lo que hace es justo o injusto, y si son obras de un hombre bueno o de uno malo. Porque, [28c] según tu argumento, serían unos miserables los semidioses que murieron en Troya, y entre ellos el hijo de Tetis, que despreció tanto el peligro, comparado con sufrir alguna vergüenza, que cuando su madre, que era diosa, le habló así, cuando él ansiaba matar a Héctor —más o menos así, según creo—: "Hijo, si vengas la muerte de tu amigo Patroclo y matas a Héctor, tú mismo morirás: porque enseguida después de Héctor te espera la muerte", él, al oír esto, hizo poco caso de la muerte y del peligro, y temiendo mucho más [28d] vivir como un cobarde sin vengar a sus amigos, dijo: "Que muera enseguida, después de castigar al culpable, para no quedarme aquí, objeto de burla, junto a las naves curvas, carga para la tierra". ¿Crees que le importaron la muerte y el peligro?».

Porque así son las cosas, atenienses, en verdad: donde alguien se coloca porque cree que es lo mejor, o donde lo coloca quien lo manda, ahí debe quedarse, me parece, y correr el riesgo, sin tomar en cuenta ni la muerte

ni ninguna otra cosa antes que la vergüenza. Yo habría hecho algo terrible, [28e] atenienses, si cuando me ponían en mi puesto los jefes que ustedes eligieron para mandarme, en Potidea, en Anfípolis y en Delio, me quedaba donde ellos me ponían, como cualquier otro, y corría el riesgo de morir, y en cambio, cuando el dios me ponía en mi puesto —así lo creí y lo entendí— para que viviera filosofando y examinándome a mí mismo y a los demás, ahí, por miedo a la muerte [29a] o a cualquier otra cosa, abandonara mi puesto. Eso sí sería terrible, y entonces sí con justicia me podrían traer a un tribunal por no creer que hay dioses, porque desobedecería al oráculo, temería la muerte y me creería sabio sin serlo. Porque temer la muerte, señores, no es otra cosa que creerse sabio sin serlo: es creer que uno sabe lo que no sabe. Nadie sabe qué es la muerte, ni si resulta ser para el ser humano el mayor de todos los bienes; y le temen como si supieran bien [29b] que es el mayor de los males. ¿Y no es esta la ignorancia más reprochable, creer saber lo que uno no sabe? Yo, señores, quizá también en esto me distingo de la mayoría, y si dijera que soy más sabio que alguien en algo, sería en esto: que, como no sé lo suficiente sobre lo que hay en el Hades, tampoco creo saberlo. En cambio, cometer una injusticia y desobedecer al que es mejor, sea dios u hombre, eso sé que es malo y vergonzoso. Así que nunca voy a temer ni a huir de lo que no sé si resulta ser un bien, antes que de los males que sé que son males.

Así que, aunque [29c] ustedes ahora me absolvieran sin hacerle caso a Ánito, que dijo que o no debí haber venido aquí en primer lugar, o, ya que vine, no hay más remedio que condenarme a muerte, diciéndoles que, si me escapaba, los hijos de ustedes, practicando lo que Sócrates enseña, se corromperían todos por completo; si me dijeran: «Sócrates, ahora no le haremos caso a Ánito y te absolvemos, pero con una condición: que ya no pases el tiempo en esa búsqueda ni filosofes; y si te [29d] sorprendemos haciéndolo otra vez, morirás»; si me absolvieran, como dije, con esa condición, yo les diría: «Atenienses, los aprecio y los quiero, pero voy a obedecer al dios antes que a ustedes; y mientras respire y pueda, no voy a dejar de filosofar ni de exhortarlos y de señalárselo a cualquiera de ustedes con quien me encuentre, diciéndole

lo que acostumbro: "Excelentísimo amigo, tú, que eres ateniense, de la ciudad más grande y de más fama por su sabiduría y su poder, ¿no te da vergüenza preocuparte por tener la mayor cantidad posible de dinero, [29e] de fama y de honores, y no preocuparte ni ocuparte de la sensatez, de la verdad y de que tu alma sea lo mejor posible?". Y si alguno de ustedes lo discute y dice que sí se preocupa, no lo voy a soltar enseguida ni me voy a ir, sino que le haré preguntas, lo examinaré y lo pondré a prueba; y si me parece que no tiene virtud, [30a] aunque diga que sí, le reprocharé que dé muy poco valor a lo que más vale y más valor a lo que vale menos. Eso haré con quien me encuentre, joven o viejo, extranjero o ciudadano, pero más con los ciudadanos, porque son más cercanos a mí por origen. Porque eso es lo que manda el dios, sépanlo bien; y yo creo que en la ciudad todavía no les ha tocado a ustedes un bien mayor que mi servicio al dios. Porque no hago otra cosa que andar por ahí convenciendo a jóvenes y viejos de no preocuparse por el cuerpo [30b] ni por el dinero antes que por el alma, ni con tanto afán, para que sea lo mejor posible, y diciendo: "No es del dinero de donde nace la virtud, sino que es la virtud la que hace que el dinero y todo lo demás sean bienes para los hombres, en lo privado y en lo público". Si diciendo esto corrompo a los jóvenes, esto sería dañino; pero si alguien dice que digo otra cosa, no dice nada. Ante esto», les diría, «atenienses, háganle caso a Ánito o no, y absuélvanme o no, sabiendo que no [30c] haría otra cosa, aunque tuviera que morir muchas veces».

No armen alboroto, atenienses; sigan haciendo lo que les pedí: no hacer alboroto por lo que diga, sino escuchar. Y además creo que les hará bien escuchar. Porque voy a decirles otras cosas por las que quizá griten; pero no lo hagan de ninguna manera. Sepan bien que, si me matan a mí, siendo como digo que soy, no me harán más daño a mí que a ustedes mismos. A mí no me podría hacer ningún daño ni Meleto ni Ánito —no podrían—, porque no creo que esté permitido [30d] que un hombre mejor reciba daño de uno peor. Podría, quizá, hacerme matar, o desterrar, o privarme de mis derechos; y este, y algún otro, quizá crean que esos son grandes males. Yo no lo creo: creo que es mucho peor hacer lo que este hace ahora, intentar matar injustamente a un hombre. Así que,

atenienses, estoy muy lejos de defenderme por mí mismo, como alguien podría pensar: lo hago por ustedes, para que no cometan una falta contra el regalo que [30e] el dios les ha hecho, condenándome. Porque si me matan, no les será fácil encontrar a otro como yo, que, aunque suene ridículo decirlo, ha sido pegado por el dios a la ciudad como a un caballo grande y de buena raza, pero que por su tamaño es algo lento y necesita que lo despierte un tábano. Así me parece que el dios me ha pegado a la ciudad: soy alguien que no deja de despertarlos, de convencerlos y de reprocharles, a cada uno, [31a] posándome en todas partes, todo el día.

Otro así no les va a tocar fácilmente, señores; y si me hacen caso, me perdonarán la vida. Pero quizá ustedes, molestos como los que dormitan cuando los despiertan, me den un manotazo y, haciéndole caso a Ánito, me maten sin pensarlo; y después se pasarían el resto de la vida durmiendo, a menos que el dios, por cuidarlos, les mande a otro. Y que yo soy de verdad alguien que el dios le ha dado a la ciudad, lo pueden ver [31b] por esto: no parece cosa humana que yo haya descuidado todos mis asuntos y que haya soportado durante tantos años que se descuidaran los de mi casa, y que en cambio me ocupara siempre de lo de ustedes, acercándome a cada uno en privado, como un padre o un hermano mayor, para convencerlo de preocuparse por la virtud. Si sacara algún provecho de eso, y cobrara por mis exhortaciones, tendría alguna explicación. Pero ya ven ustedes mismos que los acusadores, que me acusaron de todo lo demás tan desvergonzadamente, en esto no fueron capaces de llegar a la desvergüenza [31c] de presentar un testigo de que yo alguna vez cobré o pedí un pago. Y yo, creo, presento un testigo suficiente de que digo la verdad: mi pobreza.

Quizá parezca raro que yo, en privado, ande dando estos consejos y metiéndome en todo, y que en público no me atreva a subir a la tribuna ante el pueblo de ustedes a aconsejar a la ciudad. La causa es lo que me han oído decir muchas veces y en muchas partes: que me pasa algo divino y [31d] daimónico, eso mismo de lo que Meleto se burló en su denuncia. Es algo que me ocurre desde niño: una voz que, cuando se

presenta, siempre me aparta de lo que voy a hacer, y nunca me empuja a hacer algo. Eso es lo que se opone a que me dedique a la política, y me parece que hace muy bien en oponerse. Porque sepan bien, atenienses, que si yo me hubiera metido hace mucho en la política, hace mucho que habría muerto, y no habría sido útil ni a ustedes [31e] ni a mí mismo. Y no se molesten conmigo por decir la verdad: no hay hombre que se salve si se opone de verdad a ustedes o a cualquier otra multitud y trata de impedir que en la ciudad ocurran muchas injusticias e ilegalidades. [32a] Al que de verdad lucha por lo justo, si quiere salvarse aunque sea por poco tiempo, no le queda más que vivir como particular, no en la vida pública.

De esto les voy a dar grandes pruebas: no palabras, sino lo que ustedes estiman, hechos. Escuchen lo que me pasó, para que sepan que no cedería ante nadie, contra lo justo, por miedo a la muerte, y que, por no ceder, sería capaz de morir. Les voy a decir cosas pesadas, de las que se oyen en los tribunales, pero verdaderas. Yo, atenienses, nunca [32b] ocupé ningún otro cargo en la ciudad, pero sí fui miembro del Consejo. Le tocaba a nuestra tribu, la Antióquide, presidirlo cuando ustedes decidieron juzgar en bloque a los diez generales que no recogieron a los hombres de la batalla naval: algo ilegal, como después les pareció a todos ustedes. Entonces yo fui el único de los presidentes que se les opuso para que no hicieran nada contra las leyes, y voté en contra. Y aunque los oradores estaban listos para denunciarme y llevarme detenido, y ustedes los animaban a gritos, creí que debía correr el riesgo del lado de la ley [32c] y de lo justo antes que ponerme del lado de ustedes, que decidían algo injusto, por miedo a la cárcel o a la muerte. Y eso fue todavía en tiempos de la democracia. Cuando llegó la oligarquía, los Treinta, a su vez, me mandaron llamar con otros cuatro a la Rotonda y nos ordenaron traer de Salamina a León, el de Salamina, para matarlo; órdenes así les daban ellos a muchos otros, porque querían manchar con sus crímenes a la mayor cantidad posible de gente. Entonces yo [32d] mostré otra vez, no con palabras sino con hechos, que la muerte, si no es demasiado rústico decirlo, no me importa nada, pero que no cometer nada injusto ni impío, eso me importa por completo. Aquel gobierno,

con todo lo fuerte que era, no me asustó tanto como para hacer algo injusto: cuando salimos de la Rotonda, los otros cuatro se fueron a Salamina y trajeron a León, y yo me fui a mi casa. Y quizá habría muerto por eso, si aquel gobierno no hubiera caído poco después. [32e] De esto tendrán muchos testigos.

¿Creen ustedes que habría sobrevivido tantos años si me hubiera ocupado de los asuntos públicos y, ocupándome de ellos como corresponde a un hombre bueno, hubiera defendido lo justo y hubiera puesto eso, como se debe, por encima de todo? Ni de lejos, atenienses; ni yo [33a] ni ningún otro hombre. En toda mi vida, en lo público, si alguna vez hice algo, y en lo privado, me van a encontrar siempre igual: nunca le concedí a nadie nada contra lo justo, ni a otros ni a ninguno de esos que mis calumniadores dicen que son mis discípulos. Yo nunca he sido maestro de nadie. Pero si alguien, joven o viejo, quería oírme hablar y hacer lo mío, nunca se lo negué; y no converso cuando me pagan y [33b] me callo cuando no, sino que me ofrezco igual al rico y al pobre para hacerles preguntas, y, si alguien quiere, para que me responda y oiga lo que digo. Y si alguno de ellos sale honrado o no, no sería justo que yo cargara con la culpa, porque a nadie le prometí nunca ninguna enseñanza ni se la di. Y si alguien dice que aprendió u oyó de mí, en privado, algo que no oyeron también todos los demás, sepan bien que no dice la verdad.

¿Por qué, entonces, a algunos les gusta pasar [33c] tanto tiempo conmigo? Ya lo oyeron, atenienses: les dije toda la verdad. Les gusta oír cómo se examina a los que se creen sabios y no lo son. Porque no es desagradable. Y a mí, como digo, esto me lo ha mandado hacer el dios, por oráculos, por sueños y de todas las maneras en que alguna otra disposición divina le ha mandado alguna vez a un hombre hacer algo. Esto, atenienses, es verdad y es fácil de comprobar. Porque si yo de verdad corrompo a unos jóvenes [33d] y ya corrompí a otros, entonces algunos, al hacerse mayores, se habrían dado cuenta de que, cuando eran jóvenes, les di algún mal consejo, y ahora tendrían que subir aquí a acusarme y vengarse; y si ellos no quisieran, alguno de sus familiares —

padres, hermanos u otros parientes—, si es que sus familiares sufrieron algún mal por mi culpa, tendría que acordarse ahora y vengarse. En todo caso, muchos de ellos están aquí; los estoy viendo. Primero, Critón, aquí presente, de mi misma edad [33e] y de mi mismo demo, padre de Critobulo, que también está aquí. Luego Lisanias de Esfeto, padre de Esquines, aquí presente. Además Antifonte de Cefisia, aquí presente, padre de Epígenes. Y estos otros, cuyos hermanos han pasado el tiempo conmigo: Nicóstrato, hijo de Teozótides, hermano de Teódoto —y Teódoto ya murió, así que no podría haberle pedido que callara—; y Paralio, aquí presente, hijo de Demódoco, cuyo hermano era Teages; y [34a] Adimanto, hijo de Aristón, cuyo hermano es este Platón; y Ayantodoro, cuyo hermano es este Apolodoro. Y les puedo nombrar a muchos otros, de los que Meleto debió presentar a alguno como testigo, sobre todo en su propio discurso. Si entonces se le olvidó, que lo presente ahora —yo le cedo el turno— y que diga si tiene alguno así. Pero van a encontrar todo lo contrario, señores: todos están dispuestos a ayudarme a mí, al que corrompe, al que les hace mal a sus familiares, según dicen Meleto [34b] y Ánito. Los corrompidos mismos quizá tendrían razón para ayudarme; pero los que no están corrompidos, hombres ya mayores, sus parientes, ¿qué otra razón tienen para ayudarme sino la recta y justa: que saben que Meleto miente y que yo digo la verdad?

Bien, señores. Lo que yo podría decir en mi defensa es más o menos esto, y quizá otras cosas parecidas. Pero quizá alguno [34c] de ustedes se indigne al acordarse de sí mismo: si él, en un juicio menor que este, rogó y suplicó a los jueces con muchas lágrimas, y subió aquí a sus hijos pequeños para dar la mayor lástima posible, y a muchos otros familiares y amigos, y yo, en cambio, no voy a hacer nada de eso, aunque corro, según parece, el riesgo extremo. Quizá alguno, pensando en esto, se ponga más duro conmigo y, enojado por esto mismo, deposite su voto con [34d] enojo. Si alguno de ustedes está así —no creo que lo esté, pero si lo está—, me parece que le diría con razón: «Yo, excelentísimo, también tengo familia; porque, como dice Homero, tampoco yo nací "de una encina ni de una roca", sino de seres humanos; así que tengo familia, y tengo hijos, atenienses: tres, uno ya muchacho y dos pequeños. Y aun así

no voy a subir aquí a ninguno de ellos para suplicarles que me absuelvan». ¿Y por qué no voy a hacer nada de eso? No por arrogancia, 34e atenienses, ni por menospreciarlos. Si me enfrento a la muerte con valor o no, eso es otra cuestión; pero por la buena fama, la mía, la de ustedes y la de toda la ciudad, no me parece bien que yo haga nada de eso, a mi edad y con el nombre que tengo, sea verdadero o falso; porque, en todo caso, 35a se ha dado por hecho que Sócrates se distingue en algo de la mayoría. Si los que entre ustedes pasan por distinguirse en sabiduría, en valentía o en cualquier otra virtud se portaran así, sería una vergüenza. Y muchas veces he visto a algunos así cuando los juzgan: parecen ser alguien, pero hacen cosas asombrosas, como si creyeran que les va a pasar algo terrible si mueren, como si fueran a ser inmortales si ustedes no los matan. Me parece que cubren de vergüenza a la ciudad, de modo que cualquier extranjero 35b podría pensar que los atenienses que sobresalen en virtud, a los que ellos mismos eligen para los cargos y los demás honores, no se distinguen en nada de las mujeres. Eso, atenienses, ni deben hacerlo ustedes, los que pasan por ser algo, en lo que sea, ni, si lo hacemos nosotros, deben permitirlo; al contrario, deben dejar claro esto: que van a condenar con mucha más razón al que monta estas escenas lastimeras y pone en ridículo a la ciudad que al que se queda tranquilo.

Y aparte de la buena fama, señores, no me parece justo 35c suplicarle al juez ni salir absuelto a fuerza de súplicas, sino informarlo y convencerlo. Porque el juez no está sentado ahí para regalar la justicia como un favor, sino para juzgarla; y juró que no iba a hacer favores a quien le pareciera, sino que juzgaría según las leyes. Así que ni nosotros debemos acostumbrarlos a ustedes a faltar a su juramento ni ustedes deben acostumbrarse: ninguno de los dos estaría siendo piadoso. No me pidan, pues, atenienses, que haga ante ustedes cosas que no considero ni bellas, ni 35d justas, ni piadosas, y menos todavía, por Zeus, cuando Meleto, aquí presente, me acusa de impiedad. Porque es claro que, si los convenciera y a fuerza de súplicas les torciera el juramento, les estaría enseñando a no creer que hay dioses, y, sencillamente, al defenderme me estaría acusando a mí mismo de no creer en los dioses. Pero nada

más lejos: creo en ellos, atenienses, como ninguno de mis acusadores, y les encargo a ustedes y al dios que juzguen sobre mí de la manera que vaya a ser mejor para mí y para ustedes.

Notas

1. «Atenienses», «señores», «jueces». Sócrates llama al jurado «atenienses» o «señores». «Jueces» se lo guarda, al final, para los que votaron por absolverlo; en este discurso solo lo dice Meleto (26d).

2. Virtud. *Aretḗ*: la excelencia propia de algo, la del caballo y la del hombre. Por eso Sócrates pasa sin saltos de los potros de Calias a los hijos de Calias (20a-b).

3. Creer en los dioses. *Theoùs nomízein*: reconocerlos y honrarlos con el culto de la ciudad, no solo creer que existen.

4. Lo daimónico. *Daímōn* era un ser divino menor, dios o hijo de dioses; nada que ver con el demonio cristiano. La acusación habla de «cosas daimónicas nuevas» (24c); Sócrates llama así a la voz que lo detiene desde niño (31c-d).

5. Por el perro. Juramento propio de Sócrates (22a). En el *Gorgias* (482b) lo dice completo: «por el perro, el dios de los egipcios».

6. Los trabajos. El andar de Sócrates de un sabio a otro se compara con los trabajos de Heracles (22a).

7. La virtud y el dinero (30b). Pasaje discutido. Puede entenderse «de la virtud nacen el dinero y los demás bienes» o, como lo leía el propio Burnet, «la virtud es la que hace que el dinero y lo demás sean bienes». Seguimos a Burnet.

8. Arginusas, 406 a. C. Batalla naval tras la cual los generales no recogieron a los náufragos ni a los muertos. La asamblea quiso juzgarlos a todos en una sola votación, contra la ley (32b).

9. Los Treinta. Oligarquía impuesta tras la derrota de Atenas, 404-403 a. C. La Rotonda era la sede de los prítanes (32c).

Después del veredicto

[35e] Que no me indigne, atenienses, por esto [36a] que ha pasado, porque me condenaron, se debe a muchas cosas; entre otras, a que no me tomó por sorpresa. Más bien me asombra el número de votos de cada lado. Yo no creía que iba a ser por tan poco, sino por mucho. Ahora, según parece, con que solo treinta votos hubieran caído del otro lado, habría salido absuelto. De Meleto, me parece, ya me libré, y no solo me libré: está claro para todos que, si Ánito y Licón no hubieran subido a acusarme, él habría tenido que pagar [36b] mil dracmas por no alcanzar la quinta parte de los votos.

El hombre propone para mí la pena de muerte. Bien. ¿Y yo qué pena les voy a proponer a cambio, atenienses? ¿No es claro que la que merezco? ¿Cuál, entonces? ¿Qué merezco sufrir o pagar por no haberme quedado quieto en la vida, por haber descuidado lo que le importa a la mayoría —hacer dinero, administrar la casa, los mandos militares, los discursos ante el pueblo y los demás cargos, las conjuras y los bandos que se forman en la ciudad—, porque me consideré [36c] en verdad demasiado decente para salvarme metido en esas cosas? No fui adonde no iba a ser de ningún provecho ni para ustedes ni para mí; fui, en cambio, a hacerle en privado a cada uno el mayor bien, según digo: ahí fui, intentando convencer a cada uno de ustedes de no ocuparse de ninguna de sus cosas antes de ocuparse de sí mismo, de ser lo mejor y lo más sensato posible, ni de las cosas de la ciudad antes que de la ciudad misma, y de ocuparse de lo demás [36d] de la misma manera. ¿Qué merezco, siendo así? Algo bueno, atenienses, si de verdad hay que proponer según lo que se merece; y además un bien que me corresponda. ¿Qué le corresponde a un hombre pobre, benefactor, que necesita tiempo libre para exhortarlos a ustedes? No hay nada, atenienses, que le corresponda más a un hombre así que comer en el Pritaneo; mucho más que a cualquiera de ustedes que haya ganado en Olimpia con un caballo, con una biga o con una cuadriga. Ese los hace parecer felices; yo los hago [36e] serlo. Y ese

no necesita el sustento; yo sí lo necesito. Así que, si tengo que proponer lo que en justicia merezco, [37a] propongo esto: comer en el Pritaneo.

Quizá les parezca que, al decir esto, hablo con la misma arrogancia que cuando hablé de las lágrimas y las súplicas. No es así, atenienses; es más bien de esta manera. Estoy convencido de que nunca le he hecho una injusticia a nadie a propósito, pero a ustedes no los convenzo, porque hemos conversado poco tiempo. Creo que, si tuvieran una ley, como otros pueblos, que mandara no decidir sobre una pena de muerte en un solo día, [37b] sino en varios, se convencerían; pero ahora no es fácil, en poco tiempo, deshacer grandes calumnias. Y convencido como estoy de no hacerle injusticia a nadie, estoy muy lejos de hacerme una injusticia a mí mismo, de decir yo contra mí mismo que merezco algún mal y de proponerme una pena así. ¿Por miedo a qué? ¿A sufrir lo que Meleto propone para mí, y de lo que digo que no sé si es un bien o un mal? ¿Voy a escoger, en lugar de eso, algo que sé muy bien que es un mal, y proponerlo como pena? ¿La cárcel? [37c] ¿Y para qué tengo que vivir en la cárcel, esclavo de la autoridad que esté en turno, los Once? ¿Una multa, y quedarme preso hasta pagarla? Pero eso para mí es lo mismo que acabo de decir: no tengo dinero con qué pagar. ¿Propongo entonces el destierro? Quizá esa sí me la aceptarían. Pues mucho apego a la vida tendría que tener, atenienses, si fuera tan insensato que no pudiera calcular que, si ustedes, que son mis conciudadanos, no fueron capaces de soportar [37d] mis conversaciones y mis argumentos, sino que se les volvieron tan pesados y tan odiosos que ahora buscan librarse de ellos, otros los van a soportar fácilmente. Ni de lejos, atenienses. ¡Qué bonita vida sería la mía, a mi edad, salir de aquí a vivir de ciudad en ciudad, yendo de una a otra y siempre expulsado! Porque sé bien que adonde vaya, cuando hable, los jóvenes me van a escuchar como aquí. Y si los ahuyento, ellos mismos me van a hacer expulsar convenciendo a los mayores; [37e] y si no los ahuyento, me van a expulsar sus padres y familiares por causa de ellos.

Quizá alguien diga: «¿Y no podrías, Sócrates, irte de aquí y vivir callado y quieto?». Esto es lo más difícil de todo para convencer a algunos de

ustedes. Porque si digo que eso es desobedecer al dios, y que por eso no puedo [38a] quedarme quieto, no me van a creer: pensarán que hablo con ironía. Y si digo que precisamente este es el mayor bien para un ser humano, conversar todos los días sobre la virtud y sobre lo demás de lo que me oyen hablar cuando me examino a mí mismo y a otros, y que una vida sin examen no merece vivirse para un ser humano, me lo van a creer todavía menos. Pero así son las cosas, como les digo, señores; lo que no es fácil es convencerlos. Además, no estoy acostumbrado a considerarme merecedor de ningún mal. [38b] Si tuviera dinero, propondría una multa de todo lo que pudiera pagar, porque eso no me haría ningún daño. Pero no lo tengo; a menos que quieran fijarme la multa que yo pueda pagar. Quizá podría pagarles una mina de plata. Esa propongo.

Pero Platón, aquí presente, atenienses, y Critón, Critobulo y Apolodoro me piden que proponga treinta minas, y ellos salen como fiadores. Propongo, pues, esa cantidad, y ellos les serán fiadores suficientes del dinero.

Notas

1. Treinta votos. Si treinta jurados hubieran votado al revés, Sócrates habría salido absuelto: perdió por unos sesenta votos (36a). El acusador que no sacaba la quinta parte de los votos pagaba mil dracmas.

2. Proponer la pena. En esta clase de juicio, una vez votada la culpa, acusador y acusado proponían cada uno una pena y el jurado elegía entre las dos. Meleto pidió la muerte.

3. El Pritaneo. Allí comían, a costa de la ciudad, los vencedores olímpicos y los benefactores de Atenas (36d).

4. Una mina, treinta minas. Una mina eran cien dracmas. Treinta, la suma que ofrecen Platón, Critón, Critobulo y Apolodoro (38b), era una multa considerable.

Después de la sentencia

[38c] Por no esperar un poco de tiempo, atenienses, van a cargar con la fama y la culpa, ante los que quieran hablar mal de la ciudad, de haber matado a Sócrates, un sabio —porque van a decir que soy sabio, aunque no lo sea, los que quieran echarles esto en cara—. Si hubieran esperado un poco, les habría pasado esto solo. Ya ven mi edad: estoy lejos en la vida y cerca de la muerte. Esto no se lo digo [38d] a todos ustedes, sino a los que votaron mi muerte. Y a esos mismos les digo también esto. Quizá crean, atenienses, que me condenaron porque me faltaron argumentos con los que los habría convencido, si hubiera creído que había que hacer y decir cualquier cosa para escapar de la condena. Nada más lejos. Me condenaron por una falta, sí, pero no de argumentos, sino de atrevimiento y de desvergüenza, y de ganas de decirles lo que a ustedes más les gustaría oír: que llorara, que me lamentara, que hiciera y [38e] dijera muchas otras cosas indignas de mí, según digo, de esas que ustedes están acostumbrados a oír de los demás. Pero ni entonces creí que, por el peligro, debía hacer nada impropio de un hombre libre, ni ahora me arrepiento de haberme defendido así: prefiero mucho más morir después de defenderme así que vivir de aquella manera. Porque ni en un juicio ni en la guerra, ni yo ni nadie debe [39a] ingeniárselas para escapar de la muerte haciendo cualquier cosa. En las batallas muchas veces queda claro que uno podría escapar de la muerte soltando las armas y echándose a suplicar a los que lo persiguen; y en cada peligro hay otros muchos recursos para escapar de la muerte, si uno se atreve a hacer y decir cualquier cosa. Pero sospecho, señores, que lo difícil no es escapar de la muerte; mucho más difícil es escapar de la maldad, [39b] que corre más rápido que la muerte. Y ahora yo, que soy lento y viejo, me dejé alcanzar por la más lenta; y mis acusadores, que son hábiles y rápidos, por la más rápida: la maldad. Y ahora yo me voy, condenado por ustedes a muerte; ellos, condenados por la verdad a la perversidad y la injusticia. Yo me atengo a mi pena, y ellos a la suya. Quizá así tenía que ser, y creo que está en su justa medida.

[39c] Ahora quiero hacerles un vaticinio a ustedes, los que votaron en mi contra; porque ya estoy en el momento en que los hombres más vaticinan: cuando van a morir. Les digo, señores que me han matado, que inmediatamente después de mi muerte les va a llegar un castigo mucho más duro, por Zeus, que el de matarme a mí. Ahora hicieron esto creyendo que se libraban de rendir cuentas de su vida; pero les va a salir todo lo contrario, según digo. Van a ser más los que les pidan cuentas, [39d] a los que yo ahora contenía, y ustedes no se daban cuenta; y van a ser más duros cuanto más jóvenes son, y ustedes se van a irritar más. Porque si creen que matando gente van a impedir que alguien les reproche que no viven como se debe, no piensan bien. Esa manera de librarse no es ni muy posible ni bella; la más bella y la más fácil es otra: no quitar de en medio a los demás, sino prepararse uno mismo para ser lo mejor posible. Con este vaticinio me despido de ustedes, los que me condenaron.

[39e] Con los que votaron por absolverme me gustaría conversar sobre lo que acaba de pasar, mientras los magistrados están ocupados y todavía no voy adonde tengo que ir a morir. Quédense conmigo, señores, este poco tiempo: nada nos impide platicar entre nosotros mientras se pueda. [40a] A ustedes, como amigos, quiero mostrarles qué significa lo que me acaba de pasar. Jueces —porque a ustedes sí los llamaría correctamente jueces—, me ha pasado algo admirable. Mi señal adivinatoria de siempre, la de lo daimónico, en todo el tiempo anterior era muy frecuente y se me oponía hasta en cosas muy pequeñas, si iba a hacer algo que no estaba bien. Y ahora me ha pasado lo que ustedes mismos ven, esto que cualquiera creería, y que se tiene, por el peor de los males. Pero a mí [40b] la señal del dios no se me opuso ni al salir de mi casa esta mañana, ni cuando subía aquí al tribunal, ni en ningún momento del discurso, cuando iba a decir algo. Y en otras conversaciones muchas veces me detuvo a la mitad de lo que decía; pero ahora, en todo este asunto, no se me ha opuesto en nada, ni en lo que hice ni en lo que dije. ¿Cuál creo que es la causa? Se los voy a decir: es posible que esto que me ha pasado sea un bien, y no hay manera de que tengamos razón [40c] los que creemos que estar muerto es un mal. De eso

he tenido una gran prueba: no hay manera de que la señal de siempre no se me hubiera opuesto, si no fuera a hacer algo bueno.

Pensemos también de esta otra manera cuánta esperanza hay de que sea un bien. Estar muerto es una de dos cosas: o es como no ser nada, y el muerto no tiene ninguna sensación de nada; o, según lo que se cuenta, es un cambio y una mudanza del alma de este lugar a otro. Si no hay ninguna sensación, sino [40d] que es como un sueño en que el que duerme no ve nada, ni siquiera en sueños, la muerte sería una ganancia admirable. Porque yo creo que, si alguien tuviera que escoger la noche en que durmió tan profundamente que ni siquiera soñó, y poner junto a esa noche las demás noches y días de su vida, y tuviera que decir, después de pensarlo, cuántos días y noches de su vida ha vivido mejor y con más gusto que esa noche, creo que no ya un particular cualquiera, sino el Gran Rey mismo encontraría que son fáciles de contar [40e] frente a los demás días y noches. Si la muerte es algo así, yo digo que es una ganancia; porque así todo el tiempo no parece más que una sola noche. Y si la muerte es como emigrar de aquí a otro lugar, y es verdad lo que se cuenta, que allá están todos los muertos, ¿qué bien mayor que este podría haber, jueces? [41a] Si uno, al llegar al Hades, librado de estos que dicen ser jueces, va a encontrar a los jueces de verdad, los que se dice que juzgan allá, Minos, Radamantis, Éaco, Triptólemo y todos los semidioses que fueron justos en su vida, ¿sería un mal viaje? ¿O cuánto daría cualquiera de ustedes por estar con Orfeo, con Museo, con Hesíodo y con Homero? Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si eso es verdad. [41b] Porque para mí sería admirable pasar el tiempo allá, cuando me encontrara con Palamedes y con Áyax, el hijo de Telamón, y con cualquier otro de los antiguos que haya muerto por un juicio injusto, y comparara mis sufrimientos con los suyos; no sería desagradable, creo. Y sobre todo, lo más importante: pasar el tiempo examinando e indagando a los de allá, como a los de aquí, para ver quién de ellos es sabio y quién cree serlo y no lo es. ¿Cuánto daría uno, jueces, por examinar al que llevó contra Troya [41c] aquel gran ejército, o a Odiseo, o a Sísifo, o a otros innumerables, hombres y mujeres, que uno podría nombrar? Conversar con ellos allá, estar con ellos y examinarlos sería

una felicidad inmensa. En todo caso, allá no matan a nadie por eso; porque los de allá son más felices que los de aquí en todo lo demás, y además, desde entonces, son inmortales para el resto del tiempo, si es verdad lo que se cuenta.

Pero también ustedes, jueces, deben tener buena esperanza ante la muerte, y pensar esto como una verdad: que [41d] a un hombre bueno no le puede pasar nada malo, ni en vida ni muerto, y que los dioses no descuidan sus asuntos. Tampoco lo mío ha pasado ahora por casualidad: me resulta claro que ya era mejor para mí estar muerto y librarme de mis afanes. Por eso la señal no me apartó en ningún momento, y yo no estoy nada enojado con los que votaron en mi contra ni con mis acusadores. Aunque no me condenaron ni me acusaron con esa intención, sino creyendo que me hacían daño; [41e] y en eso merecen reproche. Pero sí les pido una cosa: cuando mis hijos crezcan, castíguenlos, señores, molestándolos igual que yo los molestaba a ustedes, si les parece que se preocupan por el dinero o por cualquier otra cosa antes que por la virtud; y si parecen ser algo sin ser nada, repróchenselo como yo a ustedes: que no se preocupan por lo que deben, y que creen ser algo sin valer nada. [42a] Si hacen eso, yo habré recibido de ustedes lo justo, y también mis hijos.

Pero ya es hora de irnos: yo a morir, ustedes a vivir. Quién de nosotros va a algo mejor, nadie lo sabe, salvo el dios.